



La Escalera

Lugar de lecturas

A C A N T I L A D O

Ilja Leonard Pfeijffer
Monterosso
mon amour

TRADUCCIÓN DE GONZALO FERNÁNDEZ GÓMEZ



COMIENZA A LEER...

**ILJA LEONARD
PFEIJFFER**

ILJA LEONARD PFEIJFFER

MONTEROSSO
MON AMOUR

TRADUCCIÓN DEL NEERLANDÉS
DE GONZALO FERNÁNDEZ GÓMEZ



ACANTILADO
BARCELONA 2025

CONTENIDO

I—2—3—4—5—6—7—8—9—10—11—12—13—14—15—16—17—18
—19—20—21—22

¿Bastaría con empezar a aceptar las cosas como son para que la insatisfacción se tornara en satisfacción? Carmen ha observado que, de un tiempo a esta parte, cada vez se sorprende con más frecuencia planteándose preguntas imposibles de ese tipo en momentos perdidos del día, cuando está sola en casa o mientras ordena su escritorio en la biblioteca entre una reunión y otra. A veces, después de pagar a la asistenta y despedirse de ella, cuando se deja caer cansada en el sofá para tomarse su jerez de media mañana—como si fuera ella la que ha estado trabajando—, empieza a devanarse los sesos sin venir a cuento sobre, por ejemplo, la cuestión de si acomodarse a las circunstancias es una estrategia de supervivencia de la que se deriven ventajas evolutivas. La semana pasada, cuando una de sus amigas del club de lectura mencionó a Anna Karénina, le vino a la cabeza la famosa frase de apertura de esa novela, según la cual todas las familias felices son iguales, pero cada familia infeliz lo es a su manera, de tal modo que se perdió gran parte del debate, pues no pudo evitar preguntarse si dicha afirmación tenía algún fundamento y acabó enredándose en divagaciones sobre la medida en que la felicidad y la infelicidad se pueden considerar asuntos de familia. Y ayer, cuando estaba archivando las solicitudes de subvención, se acordó de Nietzsche, en quien no había vuelto a pensar desde sus años locos en Ámsterdam, y de aquel adagio—al menos, si no le fallaba la memoria y era efectivamente Nietzsche quien había dicho eso—cuya esencia venía a ser que quien tiene un objetivo en la vida es capaz de soportar casi cualquier cosa.

Pero ¿qué es un momento perdido? Eso es lo que se pregunta ahora. Porque, si el tiempo acaba barriendo todos los momentos vividos como papelitos de confeti el día después de la fiesta y, se mire como se mire, es imposible rescatar instante alguno del insondable pozo del pasado, ¿cómo pueden ser unos momentos más perdidos que otros? Cada hora que pasa somos una hora más viejos, tanto si rebosamos vitalidad para hacer planes de futuro como si nos consumimos de melancolía por todo lo que ya ha quedado atrás, y la consecuencia inevitable es que cada vez tenemos menos futuro al que mirar

con ilusión y más pasado al que volver la vista con pesadumbre. Cuando la gente habla de momentos perdidos se refiere a momentos que no contribuyen a la consecución de los objetivos que se haya planteado cada uno, pero si nos olvidamos de todo ese rollo de los objetivos, la distinción entre tiempo bien empleado y tiempo perdido carece por completo de sentido. ¿O se refieren tal vez a esos momentos en que nos dejamos mecer por el perezoso vaivén de pensamientos aleatorios? En tal caso, Carmen ha de admitir que su vida, cada vez en mayor medida, se puede considerar una vida perdida.

Cuando ya está a punto de servirse una segunda copa, se lo piensa mejor y, decidida a no dejarse llevar por esos impulsos, le pone el tapón a la botella y la devuelve al mueble de debajo de la escalera, donde guarda sus existencias de jerez. A continuación, como si de un acto heroico se tratara, se dirige a la cocina y pone a calentar la tetera con agua suficiente para varias tazas de té.

Se siente vieja porque le gusta leer. Según ella, el hecho de que sus intereses personales y las obsesiones del mundo sigan líneas cada vez más divergentes es culpa del mundo, pero tampoco es tonta y, aunque a veces finge cierta ingenuidad—sobre todo ante Rob, porque sabe que a él le gusta sentirse responsable de ella y porque adoptar esa actitud, en general, facilita mucho las cosas—, cuando lo piensa seriamente, se da perfecta cuenta de que dos de los síntomas típicos del repudiado envejecimiento consisten precisamente en repudiar el envejecimiento y reprocharle al mundo que no se detenga. Es ella quien tiene cada vez más dificultad para seguir el ritmo de los cambios, pero se hace la interesante convenciéndose a sí misma de que si no está al día es porque no le gusta el rumbo que ha tomado la historia.

Nada más formular mentalmente ese pensamiento, sin embargo, se apresura a añadir una acotación a su monólogo interior: no es cierto que ya no esté al día—por favor, cómo se le ocurre pensar una cosa así—, la cuestión es, sencillamente, que cada vez siente menos necesidad de soliviantarse por cada minucia. Está al día porque lee el único periódico vespertino que queda en Holanda, el periódico de la intelectualidad. En realidad, ella preferiría leer un periódico matutino porque, por la mañana, cuando aún tienes todo el día por delante, las noticias parecen más livianas que a la luz melancólica del crepúsculo, pero Rob es un hombre muy apgado a sus costumbres y lo conoce demasiado bien como para saber que le daría un disgusto si le propusiera cambiar la suscripción del periódico. Carmen está siempre al tanto de las reseñas de libros, por su trabajo en la biblioteca, y también lee, con cierto sentido del deber, las noticias nacionales e internacionales, aunque si antes, durante sus años locos en Ámsterdam, se ponía hecha un basilisco con cualquier injusticia que sufrieran las mujeres, ahora experimenta la alienante sensación de que ya poco pueden importarle a ella los derroteros que tome el mundo y el preocupante futuro—al menos teóricamente—que esboza todos los días el periódico. Ella prefiere leer libros, libros de verdad en los que se flirtea con las grandes preguntas que ella misma se plantea con creciente

frecuencia y en los que la actualidad no tiene la fea costumbre de imponer en todo momento su molesta presencia, como un *smartphone* reclamando continuamente nuestra atención. Libros, en definitiva, que cuentan una historia.

Y muy en especial eso último. Porque Carmen tiene hambre de historias. Cuando lee una novela que cautiva su imaginación, a veces tiene la impresión de sustraerse al paso del tiempo. En esos términos lo expresó una vez en el club de lectura, aunque no fue capaz de explicar bien lo que quería decir. La idea guarda relación con el recuerdo de sus primeras vacaciones en el Mediterráneo —hace ya mucho tiempo, con sus padres, en la pequeña localidad italiana de Monterosso— y su emoción al descubrir que el agua era tan clara que se veía el fondo. En las buenas novelas, las aguas del ser humano adquieren tal nitidez que alcanzamos a ver las emociones en toda su profundidad. Quien se sumerge en el agua olvida las rugosidades de la superficie y, mientras bucea, se encuentra en un mundo tridimensional. Eso mismo es lo que se experimenta cuando nos sumergimos bajo el mareante oleaje del tiempo y olvidamos la superficialidad de las preocupaciones cotidianas, siempre expuestas a los caprichosos cambios de dirección del viento. ¿Suena pomposo? Le da igual cómo suene, porque es la verdad. Últimamente, cada vez le apetece menos autocensurarse por miedo a la impresión que pueda causar en los demás, de lo cual se siente orgullosa. Más vale tarde que nunca. A Carmen le gusta nadar. Bajo la superficie del agua fue donde recibió su primer beso, en Monterosso, hace muchos años, y aún recuerda como si fuera ayer la nitidez y la profundidad del mar. La única razón por la que volvió a salir a la superficie a tomar aire fue la falta de fantasía de la realidad, que no sólo se negó a darle branquias, sino que además le impuso la autoridad de unos padres incapaces de comprender que aquellas vacaciones deberían haber durado eternamente. Ahora, su vida transcurre en esa misma realidad carente de fantasía y echa de menos las profundidades del mar, pero a Rob no le gusta nadar. Su marido sólo lee ensayos, si es que alguna vez lee, porque, aunque no tiene nada que hacer, no quiere desperdiciar el tiempo explorando el mundo de las emociones si, con el mismo esfuerzo, se puede formar opiniones. Por lo demás, como según él ya han viajado bastante a lo largo de su vida, casi nunca van de vacaciones. Y así es como están las cosas.

A Carmen no le importa que una historia termine bien o mal, con tal de que llegue a un final lógico. Los finales abiertos—esas historias en las que toda la

maraña de hechos e ideas, acciones y consecuencias, características y desarrollo de personajes no conduce a nada—le resultan irritantes, porque eso ya lo conoce de la vida cotidiana. Para ella, las historias son una forma de darle coherencia al mundo y a los inverosímiles giros argumentales de nuestras vidas. En vez de una copia fiel de la absurda realidad—eso que en el lenguaje burocrático de la embajada llamaban «copia conforme al original»—, lo que ella quiere es un constructo artificial, una visión alternativa que muestre lo elegante que sería la vida si todos nuestros actos tuvieran significado y avanzaran en una dirección concreta, aunque fuera para acabar precipitándonos al abismo. La realidad es informe y carece de sentido. Por eso, para comprender nuestro papel en este mundo, tenemos que sumergirnos en historias que den significado a las cosas y pongan orden en el caos. La naturaleza crea meros cuerpos que sólo gracias a las historias que contamos se transforman en seres humanos.

Carmen es muy consciente de que su afición a la lectura es una forma de escapismo. O, mejor dicho, una forma de compensación. Cuando lee, vive las vidas de personajes ficticios y se aferra a sus historias de la misma forma que un proscrito se aferra a sus recuerdos más preciados. Aunque tampoco quiere darle a la cosa más dramatismo del necesario.

Desde que le concedieron a Rob la jubilación anticipada, viven en una confortable vivienda en el atractivo municipio holandés de L***—una localidad de tamaño medio—, con tiendas de *delicatessen* a la vuelta de la esquina y un empleado que se ocupa del jardín. Carmen trabaja unas horas por semana en la biblioteca pública del mencionado municipio, donde se encarga de la organización de eventos culturales. Sus tareas consisten fundamentalmente en pedir subvenciones e invitar a escritores que ella misma, en su papel de anfitriona, recibe el día de la conferencia con una taza de café. Siempre intenta incluir en el programa a algún músico local que complemente al autor y le dé al evento un toque de originalidad, lo cual resulta unas veces mejor que otras. Las matinales de lectura de cuentos para niños son un éxito y a veces recibe elogios enternecedores al respecto. Su serie de conferencias inclusivas para debutantes, el segundo miércoles de cada mes, también atrae cada vez a más público, de lo cual está muy orgullosa. La tradicional Semana del Libro, que se celebra todos los años en marzo, y la Semana del Libro Infantil y Juvenil, a principios de octubre, son, como es natural, períodos especialmente ajetreados para ella. El hecho de no cobrar nada por su trabajo tiene la ventaja de que puede tomarse ciertas libertades. Además, la cultura es importante. Para adelantarse a la eventualidad de que otros empiecen a llamarla así, ella misma se define como «bibliomamá», etiqueta que—a veces con cierta retranca—les ponen a las madres que colaboran como voluntarias en la biblioteca. La ironía está en que ella no tiene hijos.

Aunque eso no quiere decir que no lo intentaran. Cuando Carmen y Rob se casaron, los dos daban más o menos por hecho que tarde o temprano llegarían los hijos. Por aquel entonces, Carmen aún tenía su tienda en Ámsterdam. La había abierto durante sus estudios de filología neerlandesa con Vera, una compañera de curso, y por eso le pusieron de nombre Cave, con un perrito como logotipo. Pero después, en vista de que todo el mundo lo pronunciaba como «cueva» en inglés, rebautizaron la tienda como The Cave. Era una librería especializada en literatura feminista. Cuando Vera decidió que había

llegado el momento de dedicarse a otras cosas, Carmen compró su parte y siguió explotando el negocio durante varios años sin cambiarle el nombre. Lo del perro no lo entendía nadie, pero tampoco se molestó en quitarlo. Aunque leía los libros que vendía—o, mejor dicho, vendía los libros que leía—y, sobre todo en aquella época, se consideraba sin ninguna reserva una feminista militante, la vituperable convención patriarcal de fundar una familia le resultaba muy romántica en el sentido más *vintage* del término. Conocía las teorías del feminismo, pero quien aplica la teoría literalmente en su vida privada, acaba sin vida y acaba sin nada. Además, si hubiera seguido al pie de la letra los dictados del manual, no se habría podido casar con Rob, lo cual habría sido una pena. Al menos, eso pensaba entonces, porque Rob se parecía a todas las estrellas de cine de las que habría colgado pósters en su habitación si no hubiera sido feminista.

En cualquier caso, lo cierto es que le habría gustado tener hijos. El médico de cabecera la remitió a un especialista que estudió con ellos varias opciones, pero poco después admitieron a Rob en Asuntos Exteriores y, dada la perspectiva de una vida con múltiples cambios de residencia y largos períodos en destinos exóticos, el hecho de no tener hijos empezó a parecerles una ventaja o, en todo caso, un obstáculo menor. Carmen vendió *The Cave*. Sacrificó lo poco que era suyo—que no por ser poco era menospreciado—en favor de la carrera de su marido. Pero no se arrepiente de aquella decisión, y los días que, a pesar de todo, siente alguna forma de arrepentimiento, se dice a sí misma que no tiene derecho a protestar, porque cuando dio aquel paso sabía muy bien lo que hacía. Ella no fue una víctima más de las convenciones culturales, sino que, concienciada como estaba de la causa y los ideales feministas, había optado libremente por acompañar a su apuesto marido al extranjero.

Cuando piensa en aquellos días, Carmen se sorprende de la vitalidad y la despreocupación de las que hacía gala. Todavía quiere a Rob a su manera, pero aún recuerda la fe ciega que tenía en él y el jubiloso optimismo con el que daba por supuesto que estaban destinados a vivir aventuras juntos. La idea de dedicar los mejores años de su vida a viajar con él por el mundo en representación del servicio diplomático del Reino de los Países Bajos le resultaba sumamente estimulante. Pero cuando las expectativas son tan desmesuradas, la realidad sólo puede ser un fiasco. De hecho, la realidad acabó defraudando hasta las expectativas que en aquel momento podían considerarse realistas. Ahora, cuando el marido de Carmen vuelve la mirada atrás desde la

predecible monotonía de su jubilación anticipada, lo que ve a sus espaldas es la estela de una carrera diplomática decepcionante. A ella, por su parte, le queda sobre todo el recuerdo de incontables partidos de tenis con las mujeres de otros miembros del cuerpo diplomático y la afición al vino de jerez. En todos los países a los que fueron intentó involucrarse en algún proyecto local, como la acogida de gatos vagabundos o la gestión financiera del club de acuarela, pero cuando una se tiene que mudar a la fuerza cada cinco años y se ve obligada a empezar una y otra vez de cero con la tarea de prender una llama ficticia de ilusión en viviendas oficiales decoradas de la forma más sobria posible con fondos del tesoro público holandés, llega tarde o temprano a la conclusión de que cualquier esfuerzo, por definición, es en vano. Ella misma acabó siendo un gato vagabundo. Su vida estaba coloreada con acuarelas. Su época en Ámsterdam se convirtió de manera retrospectiva en la era mítica de sus años locos.

Además, nunca enviaron a Rob a un destino romántico como Roma o a París. Lo mandaban de un lugar anodino a otro, como si en el Ministerio de Asuntos Exteriores de La Haya hubiera un funcionario cuya única tarea consistía en echar por tierra todas las ilusiones de Carmen. En Cotonú, tras ascender por la pirámide jerárquica y alcanzar la categoría de segundo de a bordo, Rob empezó a abrigar secretamente la esperanza de que poco después le ofrecieran el puesto de embajador. Más tarde, en Wellington, cuando también llegó a segundo de a bordo, manifestó en voz alta su deseo de ser nombrado embajador. Y cuando, tras cinco años más como segundo de a bordo en Lima, reunió el valor suficiente para solicitar de forma explícita el ascenso, le dieron a entender que el nombramiento como embajador ya no era un automatismo como antiguamente, que hoy en día también se tenía en cuenta la hoja de servicios y que, en su caso, a la vista de sus evaluaciones periódicas, no había lugar para la promoción. Ser el segundo hombre de la embajada era lo máximo a lo que podía aspirar, pero, si quería negociar un arreglo para jubilarse por anticipado, el ministerio lo comprendería y respetaría su decisión. Aunque Carmen sigue considerando una deshonra que la carrera de su marido no terminara a causa de un escándalo, ya fuera por falta de integridad profesional, cobro irregular de dietas o un *affaire* con una señorita de compañía que luego hubiera resultado ser una espía, y aunque se avergüenza de que el sueño de Rob se truncara a causa de algo tan banal como su falta de competencia, en aquel momento experimentó un gran alivio por el hecho de que la aventura hubiera

llegado a su final. Ella no es escritora, pero si lo fuera, escribiría un libro titulado *El segundo de a bordo*. Aunque tal vez no haga falta el libro y baste con el título para hacer palpable la dimensión de la tragedia.

Rob fue su primer amor. Sí, por supuesto, durante sus estudios en Ámsterdam fueron muchos los compañeros de la facultad que subieron la escalera que conducía a su habitación jadeando esperanzados tras ella, pero Rob fue el primero por quien sintió algo. Al menos, si dejamos de lado a su amor subacuático de Monterosso. Pero ése no cuenta, porque entonces era una niña de diecisésis años y además..., ¿qué hubo exactamente entre ellos? Ni siquiera recuerda cómo se llamaba. No, mentira. Se acuerda perfectamente. Se llamaba Antonio, porque así se llaman todos los italianos. Bueno, vale, en el peor de los casos, Rob—el eterno segundón—fue su segundo amor. Así cuadra mejor la historia.

Pero lo cierto es que a Carmen le habría gustado tener hijos. Si es verdad lo que cuenta todo el mundo sobre la magia de la maternidad, que erradica como por ensalmo el aburrimiento y sustituye la opresiva sensación de inutilidad por abnegación incondicional y un gozoso estado vitalicio de preocupación permanente, no habría experimentado durante todos aquellos años un vacío que aún hoy la hace temblar y sentirse insegura, un vacío a causa del cual, de un tiempo a esta parte, cada vez se plantea con más frecuencia preguntas imposibles. Una de sus amigas del club de lectura dijo una vez que cuando era joven sólo vivía su propia vida, como todo el mundo, pero que desde que tenía hijos era como si también viviera las suyas. «Al menos, esa es mi experiencia como madre», dijo. «Vivo sus vidas como si fueran la mía propia». Carmen pensó que a ella tampoco le habría costado ningún sacrificio sustituir su propia vida, única e irrepetible, por cualquier otra. Ésa habría sido la solución. Por eso le gusta leer. Porque los libros la liberan de la deprimente condena de tener que vivir una única vida desde la cuna hasta la tumba. Aunque, por otro lado, su forma de razonar es también una prueba de que tal vez fuera mejor que se quedara sin hijos, porque la temeridad de traer criaturas al mundo con el único fin de llenar un vacío personal demuestra un egoísmo abominable, y el hecho de que millones de personas utilicen ese mismo argumento para hacerlo no sirve de disculpa.

Los preparativos para la Semana del Libro han tenido ocupada a Carmen durante varios meses. A pesar de los limitados recursos financieros a su disposición, se las ha arreglado para confeccionar un programa que se puede calificar de ambicioso, sobre todo para la biblioteca pública de un municipio de tamaño medio como L***. Uno de los mayores atractivos del cartel, por lo que a ella respecta, es la visita de Ilja Leonard Pfeijffer, a quien no resultó nada fácil contratar, entre otras cosas porque vive en Italia, como repitió su agente machaconamente para imponer como condición la compensación de los gastos del viaje, a pesar de que Carmen sabía perfectamente que, de todas formas, iba a estar en Holanda durante la Semana del Libro para atender otros muchos compromisos. Al final se avinieron a un arreglo satisfactorio para ambas partes, pero entonces el agente vetó a los músicos locales que ella tenía en mente para darle un toque de originalidad a la conferencia. Carmen empezó a sospechar que aquel autor se sentía demasiado importante para un municipio de tamaño medio como L***, pero su experiencia como organizadora de eventos en el sector cultural le había enseñado que la modestia es una cualidad poco común entre los artistas y que el truco consistía en fingir comprensión con todas las exigencias, manías y excentricidades del invitado de turno. Además, ella siempre decía que tratar con grandes personalidades era precisamente uno de los mayores alicientes de aquel trabajo.

El motivo por el que se había esforzado tanto por incluir a Pfeijffer en el programa—a pesar de que en su entorno directo no todo el mundo alcanzaba a entender su interés en ese autor—y había esperado con tanta impaciencia el día de su visita sólo tenía que ver parcialmente con su reputación literaria. Sí, por supuesto, Ilja Leonard Pfeijffer se había hecho un hueco importante en el mundo de las letras, pero podría nombrar sin ninguna dificultad a otros cinco o diez autores holandeses que le parecían mejores o, al menos, no tan pagados de sí mismos. Había disfrutado mucho de *Grand Hotel Europa*, una novela extraordinaria—salvo las escenas de sexo—, pero el resto de su obra no alcanzaba ese nivel, tal vez con excepción de *Cartas desde Génova*, su

autobiografía, que, aunque sus amigas del club de lectura la habían dejado a medias, a ella le pareció un texto muy valiente. Bien es cierto que ese libro, al igual que su autor, son ejemplos muy ilustrativos del hecho de que el grosor y la vanidad forman a veces una combinación sorprendente, pero ella siempre ha valorado la sinceridad, y por eso siente debilidad por esa obra en concreto. No obstante, la auténtica razón del estado de nervios que se ha apoderado de ella cuando sólo faltan unas horas para la conferencia, es que conoce personalmente al autor. O tal vez debería utilizar una forma verbal del pretérito para hablar de su vínculo con él, pues la época en que lo veía casi a diario se encuentra en un pasado remoto teñido por la pátina sepia de la historia, cuando el actual escritor aún era simplemente Ilja, sin todos esos nombres adicionales. Durante seis años asistió a la misma clase de primaria que él, en la escuela San Pedro del ensanche de R***, la ciudad donde nacieron y se criaron los dos.

Carmen observa su armario con desazón, y le desazona sentirse desazonada. ¿Por qué tiene que tomarse siempre así estas cosas? Otras veces, antes de salir, ni siquiera se para a pensar en la ropa, pero justo hoy tiene que llegar a la irrefutable conclusión de que no tiene nada apropiado para ponerse. Conminándose a no ser tan llorona, saca del armario su traje azul de chaqueta y falda, pero de pronto se da cuenta de lo viejo que es, lo vuelve a colgar y empieza a pasar perchas como quien hojea un libro que en realidad no le gusta. Todo es viejo y todo la hace vieja. Por probar algo, sostiene en alto delante del espejo su vestido de cóctel de color verde menta. ¿Cuándo fue la última vez que se lo puso? ¿Y dónde, en Cotonú, Wellington o Lima? Ni siquiera sería capaz de diferenciar esas ciudades, y no digamos los cócteles a los que asistió como anfitriona o invitada. Las pistas de tenis son iguales en todas partes, y en todas partes veía las mismas caras y las mismas sonrisas diplomáticas revoloteando a su alrededor como insectos zumbones atraídos por los dulces efluvios del vino de jerez. Venga, algo práctico, piensa agarrándose a la puerta del armario. Tal vez un simple pantalón vaquero con una blusa alegre y una chaqueta. Con zapatos planos, claro. Pero ¿cuáles? Mientras trata de convencerse de que aún le sienta bien un pantalón vaquero ajustado, su reflejo en el espejo la mira sacudiendo la cabeza con una mueca burlona. Bueno, pues entonces un vestido largo con zapatos de tacón. Pero así parece que va a la ópera y, lo que es peor, que tiene edad para ello. Se está haciendo tarde. Tiene

que irse. A falta de una alternativa mejor, recoge del suelo el vestido azul de chaqueta y falda, acepta como inevitables unas medias de color carne y, resoplando, se calza sus zapatos beis de tacón bajo, que en otras ocasiones visten mucho y le dan al mismo tiempo un aspecto juvenil y desenfadado, pero hoy le resultan más vulgares aún que su propia vida de tonos igualmente beis.

La lección más importante que ha aprendido de Rob es que debe evitarse a cualquier precio todo aquello que pueda crear la falsa impresión de conflicto de intereses. Por eso no le ha dicho a nadie que fue a la misma clase que Pfeijffer en la escuela primaria. Y lo que desde luego no le ha contado a nadie, ni siquiera a Rob—que en realidad habría mostrado muy poco interés—, es que ese autor ha escrito sobre ella. Y no, no es imaginación suya. En *Cartas desde Génova*, sus memorias escritas en forma epistolar, cuenta su infancia en el barrio del ensanche de R*** y habla de la niña más guapa de la clase, la niña de la que estaban enamorados todos los chicos, pero sobre todo él. Sus amigas del club de lectura—en la medida en que no hubieran dejado el libro antes de llegar a ese pasaje—ni se imaginaron que pudiera ser ella, porque el autor le cambió el nombre. Pero es ella. Pfeijffer cita explícitamente la calle donde vivía de pequeña—Jacob Hamelinkpad—y su descripción de cómo era ella entonces, por muy lírica que sea, tampoco deja lugar a la duda. La frase que más le gusta del pasaje en cuestión dice: «Era ella quien le daba sentido a la clase de natación».

Le basta leer un par de veces seguidas esa frase para oler el cloro de la piscina municipal de R***, donde, por lo visto, sin que ella fuera ni remotamente consciente en ningún momento, su presencia daba significado—de un modo muy poco feminista—a las tiritonas de un compañero de clase paliducho, esmirriado y elusivo que para ella no era más que un mero figurante, y donde, en un decorado con agua tan azul como el mar en una postal del Mediterráneo, ella luchaba por mantenerse a flote pataleando y braceando desesperadamente sin manguitos, porque en eso le habían dicho que consistía nadar. De la misma forma que una ola arrastra siempre tras ella una nueva ola, Carmen observa que la tenue pero estimulante excitación que experimenta al tomar conciencia de haber sido deseada en una vida anterior remueve las fosas abisales de su ser y arrastra a la superficie la noción tanto tiempo olvidada del deseo, soltando las amarras de recuerdos de intensa y turbia emoción cuidadosamente anclados desde hace años en lo más profundo de su memoria.

Lo más curioso de todo es que está empezando a formular sus pensamientos al modo de las marejadas estilísticas de Pfeijffer, cuando lo único que quiere decir es que le gusta nadar. Por lo visto, hasta las clases de natación del colegio eran una fiesta.

Tras conseguir en el último momento una tarjeta de aparcamiento para la chofer del autor, Carmen recibe a su invitado en el vestíbulo de la biblioteca. Ha venido con sus mejores galas: traje oscuro de raya diplomática, gemelos lustrosos, anillos barrocos, corbata a juego con los calcetines y pasador de corbata de falso nácar. Parece el jefe de los coches de choque. Carmen es consciente, y así se lo hace saber, de que un autor de su talla está acostumbrado a hablar en sitios de más nivel, pero que, con toda modestia, se siente muy orgullosa de su visita, que para un municipio de tamaño medio como L*** se puede considerar algo excepcional, lo cual demuestra el hecho de que hayan tenido que sacar sillas adicionales de las salas de lectura. El escritor la escucha con cortesía y profesionalidad estudiadas. La mira sin verla, de la misma forma que un actor de teatro experimentado mira por encima de las candilejas y parece establecer contacto visual con cada uno de los espectadores sentados en el agujero negro donde sabe que se encuentra el patio de butacas, pero en su fuero interno ya está pensando en los aplausos. Carmen le ofrece café. El autor pregunta si tiene espresso. Ella contesta que no, que es café de filtro, pero que está recién hecho. Él declina educadamente.

Huelga decir que Carmen no ha abrigado ni por una fracción de segundo la más remota esperanza de que su aspecto actual pueda insuflar nueva vida al deseo de aquel niño delgado y tiritón que hace ya tiempo se tragó este inmenso hombre. No, de verdad que no. Puede jurar que no ha pensado en ello ni un momento. Su antiguo compañero de primaria habita ahora otras esferas y ya tiene una estrella que brilla sólo para él. Además, él mismo lo dice inmediatamente después del lírico pasaje que habla de ella y de la clase de natación del colegio: «Si alguna vez publico estas cartas, tal vez sería mejor que omitiera su nombre, más que nada para evitar el riesgo de que emerja de pronto triunfalmente en mi perfil de Facebook una mujer de exactamente mi misma edad con tres operaciones de hernia para decirme que, si bien ha considerado la posibilidad de hacerse una liposucción, después de tres partos complicados se siente un poco vieja para eso, y que ella tampoco se ha olvidado de mí». Carmen no pudo menos que reír cuando leyó esa frase. Si él supiera...

La conferencia es soberbia, en el sentido de que el autor cumple todas las expectativas haciendo gala de una inquebrantable seguridad en sí mismo. Con modestia fingida y unas cuantas muestras de autoironía dosificadas con maestría, camufla su hiperconsciente acto de promoción personal. Este hombre sabe muy bien lo que hace. Habla como escribe. Improvisa sin dificultad aparente largas frases aderezadas con abundantes arcaísmos. Su voz grave y cálida, en cuyo timbre aguardentoso resuena su amor y dedicación al oficio, llena la sala de eventos multifuncional de la biblioteca pública de L*** como las plumas de una mullida almohada. Carmen no lo encuentra atractivo en absoluto, pero esa voz es como un amplio y acogedor hombro en el que apoyar la cabeza para descansar. Lo que más admira, sin embargo, es su profesionalidad. Antes del evento, a modo de preparación, había buscado vídeos de intervenciones suyas en programas de radio y televisión, y le asombra su capacidad para darle al público la impresión de que está expresando por primera vez, especialmente para ellos, ideas que ya ha formulado antes, casi literalmente, en muchas otras ocasiones.

En un momento dado, en el contexto de una disertación sobre la ambigüedad del fenómeno del turismo de masas, el autor empieza a hablar de Monterosso. Mientras él esboza la drástica transformación del antiguo pueblo de pescadores, Carmen hace un esfuerzo por alejar sus pensamientos de la penetrante voz del conferenciante, en un intento de proteger sus frágiles recuerdos contra la banalidad del progreso, el mercado libre y el inexorable paso del tiempo. Antonio brillaba como una estatua de bronce en su pedestal cuando salía del agua y se encaramaba a la roca más alta, desde donde la miraba antes de ejecutar de nuevo su más acrobático salto del ángel. Luego buscaba para ella piedras del color de sus ojos holandeses mientras, en el pueblo, las fachadas de las casas vibraban a causa del calor. En Monterosso también se soñaba de día junto a ventiladores colocados estratégicamente tras persianas bajadas. En aquella época, allí todavía no existía el tiempo, salvo para sus padres, que por algún motivo ignoto llevaban la cuenta de los días y, una mala mañana, determinaron que las vacaciones habían llegado a su fin. Carmen le prometió a Antonio que volvería, pero al año siguiente sus padres eligieron otro destino para las vacaciones de verano, y después pasó lo mismo que le pasa a todo el mundo que hace promesas demasiado solemnes: la vida resultó tener otros planes.

Carmen vuelve al presente. El autor sigue hablando de Monterosso y se permite una digresión humorística sobre los trenes, siempre llenos a rebosar, que cubren el trayecto entre Génova y Cinque Terre, la afición de los turistas a los bastones de marcha nórdica y las embarazosas escenas de las que fue testigo en el transbordador entre Génova y Portovenere, que también tiene parada en Monterosso. El público se ríe y Carmen comprende de pronto con estupor que el paraíso terrenal que conoció en su adolescencia sólo existe en sus recuerdos más íntimos. Monterosso no es más que un destino turístico corriente y moliente, con sus horarios de llegada y de salida, como cualquier otro lugar. Aunque se puede denominar a sí misma, por derecho propio, una mujer de mundo que ha estrellado pelotas de tenis contra la red en los seis continentes y sabe guardar la compostura tras muchas copas de jerez, y a pesar de su amplia experiencia como viajera, nunca se había parado a pensar que cualquiera que lo desee puede ir a Monterosso a profanar el escenario de su primer amor paseando por sus calles en alpargatas mugrientas con una estúpida actitud de desinterés. De alguna forma, siempre se las había arreglado para no contemplar esa posibilidad tan obvia y, ahora que ha tomado conciencia de la realidad, le gustaría recuperar la inocencia.

Uno de los asistentes le pregunta al autor si escribe a mano o utiliza el ordenador. Carmen se avergüenza de su público. Conoce la entrevista en que Pfeijffer ironiza sobre el hecho de que siempre sea ésa la primera pregunta que le hacen después de sus conferencias. Uno pone toda la carne de su talento en el asador y sacrifica los mejores años de su vida dejándose el culo en el asiento para ofrecer a sus lectores una historia que pueda dar sentido a sus vidas y, cuando tienen ocasión de hablar contigo, lo que más les interesa es el *hardware* que utilizas para escribir. En vez de entregarse sin prejuicios a la catarsis de la magia, quieren husmear en la caja de los trucos. El público quiere dejarse engañar, pero no sin que antes le expliquen con todo detalle en qué consiste el engaño. El día del juicio final, lo primero que harán los muertos será pedirle explicaciones al Altísimo sobre los efectos especiales. Lo inexplicable no es digno de admiración. Antes de plantearse siquiera la posibilidad de elogiar una obra, la gente quiere saber exactamente en qué ha consistido el proceso de creación, y sólo están dispuestos a aplaudir cuando entienden que, en teoría, si no tuvieran otros asuntos más importantes que atender, ellos también podrían haberla creado. Carmen nunca ha querido saber cómo se hacen las películas. Ni siquiera conoce los nombres de los actores famosos, porque no los ve como

actores, sino como personajes de historias en las que quiere creer. Cuando lee un libro, en vez de interesarse por los trucos que utiliza el autor para manipular a sus lectores, trata de olvidarse de su vida y sumergirse en el relato, aunque tal vez aquellos que tienen una vida propia no sientan tanto esa necesidad.

El resto de las preguntas también la irritan. A pesar de la elegancia y la naturalidad con que el autor satisface la curiosidad de sus lectores, no puede evitar un intenso sentimiento de vergüenza ajena cuando trata de imaginar la impresión que le estarán causando al autor su biblioteca pública, su audiencia y su hábitat. De la misma forma que Rob, en su condición de segundo de a bordo, fue el eterno suplente de un puesto ajeno, Carmen experimenta continuamente emociones ajenas. Es como si llevara una vida vicaria, y no puede reprimir una sonrisa por la ingeniosa formulación que se le ha ocurrido accidentalmente para una constatación tan deprimente.

En respuesta a una pregunta sin duda insustancial que no ha oído, el escritor habla de sus personajes. Es una ilusión, explica con una sonrisa, pensar que el autor decide en todo momento cómo son y qué hacen o dejan de hacer sus personajes. Muchas veces no tiene control sobre ellos. Puede que sea él quien les insufla vida, pero, una vez que existen en su mundo de ficción, cada uno sigue su propio camino. Eso también se lo había oído contar en otras ocasiones y, aunque sigue sin saber si lo dice de verdad, lo que tiene muy claro es que ya querría ella que la soltaran en medio de una novela y pudiera seguir, por fin, su propio camino.

En su papel de organizadora, Carmen espera pacientemente a que se disuelva la cola para pedirle al autor que le firme su ejemplar de *Cartas desde Génova*.

—¿A quién se lo dedico?

—A Carmen—contesta ella, esforzándose por darle a su nombre la mayor carga de significado posible—. Es para mí misma.

—Lo considero un honor—dice Pfeijffer—. No hay más que ver su ejemplar para saber que lo ha leído a conciencia.

—Es un libro especial para mí—replica Carmen.

Con la soltura de sus muchos años de experiencia, el autor le da las gracias y, con un elegante trazo, completa las volutas de su barroca firma. A continuación, se guarda la pluma en el bolsillo interior de la chaqueta, se vuelve a pasar a la mano derecha el voluminoso anillo del dedo meñique que se había puesto temporalmente en la izquierda para poder escribir, se levanta de su asiento y se abrocha la chaqueta. Carmen le pregunta si puede ofrecerle

alguna cosa más, pero la chofer ya está esperando, de modo que lo acompaña hasta la puerta y, con distintas fórmulas de agradecimiento mutuo, se despiden.

No la ha reconocido. Ya no es la niña más guapa de la clase.

El Embraer 190 de KLM aterriza en el aeropuerto internacional Cristoforo Colombo de Génova. Carmen sólo lleva equipaje de mano, porque ha visto en internet que en Italia ya es primavera y, total, no va a pasar allí más que una semana. Como material de lectura ha metido en el bolso un único libro. Con actitud triunfal, arrastrando tras ella su maleta de ruedas tamaño cabina, pasa por delante de los pasajeros que esperan sus equipajes frente a la cinta transportadora. Hay carteles con advertencias sanitarias relativas al nuevo virus que por lo visto anda por ahí circulando. Es un aeropuerto de bolsillo. Enseguida está fuera. Se sube a un taxi y le pide al chofer que la lleve directamente a la estación de Brignole, desde donde dos horas más tarde parte su tren rumbo a Cinque Terre. No siente ninguna necesidad de dar una vuelta por Génova.

Cuando llega a la estación, aún es demasiado pronto, pero ella sabe muy bien cómo matar el tiempo. Tras verificar con un vistazo rápido al panel digital de salidas que el tren que ha reservado en internet existe y, de momento, no tiene retraso, elige el bar más limpio de la estación y se pone a la cola. Lleva un vestido de flores con una chaqueta beis y aunque aún calza sus zapatos planos de bibliotecaria—pues era lo más cómodo para el viaje—, ya se siente totalmente de vacaciones.

Ante la perspectiva de tomarse un auténtico *cappuccino* y la excepcional ocasión de pronunciar esa palabra con estilo ante un camarero italiano, Carmen renuncia a pedir algo más consistente que pueda servirle de almuerzo. Para acompañar el café elige una napolitana de chocolate, pues hace ya años que dejó de creer en el mezquino y supersticioso dogma de las dietas de adelgazamiento. Una vez resuelto el trámite del pago, se sienta en una mesita con sus consumiciones.

Por mero automatismo, hace ademán de sacar el teléfono, e inmediatamente se da cuenta de lo ingenua que ha sido. Ya le parecía a ella que había notado algo mientras esperaba su turno para pedir, pero no quería dejarse llevar por la paranoia desde el principio de las vacaciones. Su bolso está abierto y el teléfono

ha desaparecido. Por hacer algo, busca en el bolsillo lateral de la maleta. Si estuviera ahí el teléfono, tendría que haber sido el ladrón quien lo hubiera metido, porque ella jamás lo guardaría en ese bolsillo. Pero nunca se sabe. La superflua comprobación, que sólo ejecuta para poder decir que ha agotado todas las posibilidades, no conduce a otra conclusión distinta. Sólo lleva media hora en Italia y ya le han robado el teléfono.

Durante un instante permanece en silencio para comprobar, por pura curiosidad, qué reacción provoca en ella esa constatación. Sí, por supuesto, es una pánfila de mucha categoría, y se da perfecta cuenta de lo patético que resulta que una mujer como ella, que se cree que puede ir por el mundo mariposeando alegremente con un vestidito de verano como si el mal no existiera, se considere una viajera consumada, pero su primer pensamiento, por extraño que parezca, es otro muy distinto: en L*** no vive una este tipo de emociones. En menos de media hora ya le han ocurrido más cosas que en muchos años.

Y la aventura no ha hecho más que empezar, porque justo en ese momento entran dos *carabinieri* en el bar de la estación y se acomodan en la barra para tomar un café. Carmen se levanta, se acerca a la barra y, en un rudimentario inglés internacional desprovisto de cualquier tipo de expresión idiomática—lengua franca que llegó a dominar a la perfección en los distintos países a los que la llevó la decepcionante carrera diplomática de Rob—, les explica a los agentes de forma clara y concisa lo que ha ocurrido. Los *carabinieri* la miran con hastío. Uno exhala un suspiro y el otro remueve su café sumido en sus pensamientos. Carmen hace hincapié en el hecho de que el ladrón no puede estar muy lejos. No han podido pasar ni diez minutos desde que tuvo lugar el rastreo delito. El agente pensativo empieza a murmurar algo con notoria desgana. En un italiano aderezado con la cantidad justa de palabras en inglés para que Carmen procese el mensaje, le da a entender que hay a su disposición unos formularios que podrían resultar útiles para la compañía de seguros, pero que para rellenarlos tendría que ir a la comisaría. Ella contesta que su tren está a punto de partir. El otro agente le hace saber, por medio de un sonoro suspiro, que es consciente de que se encuentran en una estación de tren, que los trenes—qué se le va a hacer—tienen la inoportuna costumbre de llegar y partir a horas determinadas de antemano, que hay gente que por motivos privados no desea perder esos trenes, y que el mundo no sólo es imperfecto,

sino también injusto. A modo de respuesta, Carmen deja escapar también un suspiro con el que viene a manifestar que no es la primera vez que se enfrenta a una decepción en la vida y que, a pesar de ello, nunca pierde la esperanza de que se imponga el lado bueno del ser humano. Cuando ya está a punto de retirarse abatida, dando por zanjada la infructuosa conversación con ese elocuente suspiro, observa que hay una cámara de seguridad en una esquina del bar y, con el gesto triunfal de quien, en el último momento y contra todo pronóstico, se las arregla para transformar una derrota segura en una sonada victoria, señala la cámara mirando a los *carabinieri*. Su descubrimiento, sin embargo, no parece impresionar a los agentes. La cámara no está conectada, le dicen, y el pleito queda definitivamente resuelto en favor de la autoridad.

Carmen se consuela con la idea de que, al menos, ahora tiene una anécdota de la que echar mano cuando la conversación requiera confirmar los consabidos tópicos sobre Italia o reflexionar sobre el triunfo de la teatralidad en la sociedad moderna, organizada sobre el principio de que las apariencias son más importantes que la esencia de las cosas. Antes de salir de la ciudad, el tren ya empieza a bordear la costa. El espectáculo es sobrecogedor. La luz se refleja sobre la faz de la tierra, que es azul como el alma de Carmen, un azul tan intenso que, visto desde el espacio, eclipsa todos los demás colores. En un paisaje dominado por el azul, también se aprecia el lila de la flor de la glicina, que en L*** no crece con una exuberancia tan impudica como en el Mediterráneo, aunque se plante en la cara sur de la caseta de las bicicletas eléctricas, al resguardo del frío. También se ven aquí y allá los atrevidos brochazos amarillo chillón de las mimosas y los puntitos rosa pastel de las magnolias, que vistos desde la distancia recuerdan vagamente a las flores de los cerezos en un grabado japonés. El sol primaveral lo envuelve todo en una luz nítida que dibuja los contornos con líneas claras y bien definidas. Pero aún es una luz muy distinta a la del sol estival, esa luz densa y dorada de los meses de calor que gotea como mantequilla derretida. La primavera ha hecho una limpieza a fondo en la naturaleza y lo ha refrescado todo con agua perfumada. El mundo parece nuevo y eso es bueno, porque así es como quiere sentirse Carmen.

No hizo falta que le mintiera a Rob. Con ingenuidad fingida—que a veces facilita mucho las cosas, porque crea el espacio necesario para que él interprete en toda su gloria su papel favorito de hombre protector, marido responsable y

ser racional que le concede favores a su débil e indefensa esposa—, dejó caer que necesitaba una semana de vacaciones. Ésa era la verdad, nadie puede negarlo. El motivo aducido, su cansancio tras la Semana del Libro, que había sido muy intensa y exigente para ella en su función de coordinadora, tampoco faltaba del todo a la verdad. Carmen notó que Rob respiraba aliviado cuando sugirió la posibilidad de irse ella sola. Lo hizo de tal forma que pareciera una propuesta motivada por puro altruismo, interpretando el papel de la mujer comprensiva con el hecho de que él hubiera perdido las ganas de viajar a causa del amargo sabor que le había quedado de su frustrada carrera diplomática. Aunque nunca antes se había ido de vacaciones sin él, motivo por el cual no había vuelto a ir de vacaciones desde su jubilación anticipada, consiguió, con una desarmante mirada de lealtad canina, que el plan sonara como la cosa más normal del mundo, lo cual, bien mirado, es lo que debería ser. Ya bastante se complica la vida la gente con otras cosas. ¿Qué era una semanita en Monterosso comparado con todos los problemas que puede haber a lo largo de una vida? Lo único que se calló fue el hecho de que, si quería ir precisamente a Monterosso, era porque había comprendido que cierta historia de su pasado había quedado sin broche final a causa de una promesa incumplida. Y qué iba a hacerle ella si no soportaba los finales abiertos. Sin embargo, él sabía lo que Monterosso significaba para ella. Hacía mucho tiempo, cuando aún estaba tan enamorada de él que quería que lo supiera todo de ella, le había contado su verano con Antonio. Y Rob se acordaba perfectamente, lo veía en sus ojos. Pero no le puso ninguna pega. Era buena persona.

Él era la única razón por la que necesitaba el teléfono. Pero no pasa nada, porque se sabe de memoria el número fijo de casa y puede llamar a Rob desde cualquier otro teléfono para decirle que ha llegado bien. A fin de cuentas, ya casi no sale de casa. Por lo demás, Carmen no esperaba situaciones de emergencia en la biblioteca pública de L*** durante su semana de ausencia. Los días inmediatamente posteriores a la Semana del Libro son siempre un periodo de poca actividad en su sector. Ahora que lo piensa, mientras disfruta de las vistas del mar Mediterráneo que le ofrece la ventanilla del tren, casi está agradecida al ladrón de la estación de Brignole. Al cortar el cordón umbilical que la mantiene unida de forma permanente a sus responsabilidades a través de satélites siempre activos, le ha permitido deshacerse del último resto de sentimiento de culpa que le quedaba.

El paisaje se vuelve más agreste. El tren se adentra en el interior de la montaña. Por el lado del mar, la pared del túnel tiene vanos con forma de arco, como las ventanas de una catedral románica. Carmen ve el agua ahora muy por debajo de ella. Oscuro, sereno y misterioso, el mar espera su llegada a la sombra de la escabrosa costa.

Carmen no reconoce nada, pero se siente feliz. Al salir de la estación—un edificio de tono ocre—, atraviesa un túnel y, como una Alicia moderna que hubiera caído en la madriguera del conejo, aparece en un paseo marítimo que conduce al casco antiguo del pueblo. Desde el bulevar se ven estrechas playas de piedras donde, ya en marzo, hay desplegadas sombrillas y tumbonas. Carmen se pregunta si alguna de ellas fue el escenario de su romance veraniego. En su recuerdo, las playas eran tan amplias como sus sentimientos, pero lo que ve ahora tiene la escala de un juego de muñecas. No son más que calitas con las proporciones de un arriate o un merendero de carretera. Pero eso no significa nada. Conoce bien el fenómeno por el cual las impresiones de la infancia, imponentes en nuestra memoria, se arrugan y quedan reducidas a la triste realidad cuando alcanzamos la madurez.

Más adelante, al final de la calle, se elevan las montañas. A pesar de lo mucho que ha viajado, Carmen sigue siendo tan holandesa que, hasta el día de hoy, no puede evitar asombrarse ante cualquier forma de relieve en el paisaje. Le conmueve la combinación de gris y verde oscuro, las tonalidades de las rocas—los huesos del mundo—y la tenaz vegetación que, siempre sedienta, sobrevive milagrosamente agarrada a ellas. Sin embargo, no sabe en qué radica la emoción que experimenta, y prefiere no saberlo, porque no quiere ver el paisaje en términos metafóricos. Sería una lástima para esos colores. Además, si buscara una metáfora, tendría que darles también un significado a los puntitos amarillos que se ven aquí y allá entre las rocas, tal vez primulas o alguna flor similar. Ojalá fuera verdad que el mundo está lleno de secretos. Si fuera cierto que detrás de todas las cosas hay ocultas otras cosas más sustanciales cuya existencia sólo intuyen—de forma rayana en el conocimiento—las almas más sensibles y observadoras, habría podido abrigar la esperanza de encontrarle sentido a la existencia en todo momento y ocasión, hasta en Cotonú, Wellington y Lima, e incluso en L***, el atractivo municipio holandés de tamaño medio donde vive ahora. La más simple revelación, por mucho que se hubiera negado a revelarse del todo, le habría servido de consuelo. Es más, para

ella habría sido ya un gran desahogo el mero presentimiento de que, en teoría, en algún lugar fuera de su alcance, lejos de las pistas de tenis y las botellas de jerez, había algo estimulante por descubrir, porque así, al menos, no habría tenido la certeza de que la vida es como un partido de fútbol en el que el balón va de un lado a otro impulsado por una sucesión aleatoria de intenciones, errores y lances del juego, con el agravante de que el espectáculo es tan predecible que resulta soporífero, pues siempre termina con unos ganando y otros perdiendo. Carmen sólo encuentra significado en los libros, donde, gracias a la alquimia del lenguaje, la desalentadora arbitrariedad de la existencia se funde en una rutilante y luminosa esfera de inevitabilidad. Ése es el secreto: que para darle sentido al mundo, no necesitamos el mundo.

Son pensamientos de lo más singulares para alguien que ha hecho un viaje de mil doscientos kilómetros con el fin de sumergirse durante unos días en una nueva realidad, pero tal vez no tan raros para quien viaja tras las huellas de una vieja realidad a la que quiere dar forma de historia de acuerdo con los principios básicos de la creación literaria, para lo cual debe cumplir una antigua promesa que cierre el círculo y ponga el broche final. Digámoslo así. Aunque ella todavía no quiere pensar en eso.

En este momento, su tarea más urgente consiste en encontrar Titi's B&B, la pensión que ha reservado por internet y que, a juzgar por las fotos, parece perfecta para vivir una experiencia auténticamente italiana. Con el correo electrónico de confirmación y Google Maps habría sido demasiado fácil, en eso tiene que darle la razón al ladrón de Brignole. Carmen cruza por debajo de las vías del ferrocarril y sale a una plaza soleada que sirve de puerta de entrada a la ciudad. Se llama piazza Giuseppe Garibaldi, pero eso no le dice nada. En un banco, como mandan los cánones en Italia, hay sentado un vejete ocioso, pero, por lo demás, la plaza está vacía. Las hordas de turistas—temidas por todo el mundo, pero sobre todo por los propios turistas—de momento brillan por su ausencia, aunque la temporada no ha hecho más que empezar.

Carmen se acerca al vejete para pedir indicaciones de forma analógica, como se hacía antiguamente. Por suerte, no se le ha olvidado el nombre de la pensión. Al señor parece sonarle y asiente con la cabeza, pero no dice nada. Está pensando.

—Los días son cada vez más largos—dice por fin. O eso cree haber entendido ella.

Aunque no puede ni quiere contradecir esa afirmación, Carmen, para favorecer la eficacia del intercambio comunicativo, considera la posibilidad de repetir su pregunta, pero el vejete se le adelanta y dice:

—Ya habrá tiempo de sobra para los recuerdos. Bienvenida, *ragazza*. Titi vive al lado de la fuente.

—¿La fuente?

Alzando la barbilla, el buen hombre señala una calleja que se adentra en la ciudad desde una esquina de la plaza y, a continuación, se echa a reír. Carmen también se ríe. Está contenta por el hecho de que ese señor la haya llamado *ragazza*. Todo es relativo, sobre todo la edad. Desde la perspectiva de un hombre tan mayor, casi todas las mujeres son jóvenes, eso ya lo entiende. Pero, aun así, es una buena forma de empezar las vacaciones. Acaba de llegar y ya le gusta la vida en Monterosso.

El primer tramo de la calleja, bautizada con el pretencioso nombre de via Roma, está flanqueado a la izquierda por la nave lateral de una iglesia. Carmen llega a una placita con un arce donde, girando a la izquierda, podría acercarse a ver la fachada principal de la parroquia, pero decide continuar por via Roma, que en ese punto se desvía ligeramente hacia la derecha. Hay terracitas de ensueño a cada paso, pero la mayoría están cerradas. Todavía es demasiado pronto. Sigue sin reconocer nada de su adolescencia, pero las fachadas rosas, naranjas y ocres con postigos verdes le transmiten la solazante impresión de que todo es como mandan los cánones.

En medio de la calle hay un pasaje abovedado, y poco después otro. Unos metros antes del segundo pasaje, frente a la Enoteca Internazionale, a la sombra de un arce y un níspero, ve una pequeña fuente de mármol con un pez contorsionándose con cara de pocos amigos sobre una pila en forma de concha. ¿Será ésa la fuente en cuestión? Carmen mira a su alrededor. Enfrente del pez iracundo hay una escalerita de pizarra engalanada con hiedra y geranios que conduce a la puerta de una casa rosa aneja a un nuevo pasaje por el que se accede a otra calle. Carmen reconoce la casa por las fotos que vio en internet y finalmente ve la placa con el nombre.

—Bienvenida, *ragazza*—se dice a sí misma en voz alta.

El auténtico nombre de Titi resulta ser Tiziana, y su *bed & breakfast* no es tan idílico como en las fotos. Las vistas al mar, mostradas con tanta profusión en internet, sólo eran aproximativas. El material gráfico debía interpretarse en el sentido de que el mar no está lejos de la pensión y que en el entorno se puede disfrutar de vistas similares. La habitación es más pequeña, pero también más acogedora de lo esperado, y la única ventana da a un patio interior donde no cabe esperar que entre la luz del sol. La ventaja, piensa Carmen, es que la habitación será bien fresquita. Aunque todavía sea marzo, en el Mediterráneo puede hacer un calor de mil demonios.

Satisficha, abre la maleta, cuelga sus vestidos y sus chaquetas en el armario de IKEA y pone su libro, el único que ha traído, en la mesilla. Se ha esforzado por encontrar una lectura apropiada para sus vacaciones—para eso trabaja en la biblioteca—, pero como no hay novelas ambientadas en Monterosso, y mucho menos con protagonistas como ella, al final optó por *La muerte en Venecia* de Thomas Mann, un clásico que se avergüenza de no haber leído nunca, aunque vio la película y le gustó mucho.

—En eso te equivocas—dice Tiziana más tarde en la amplia cocina compartida, mientras pone una cafetera en el fuego y saca de la nevera una tarta italiana de mermelada de cerezas. Huelga decir que se tutean. En el mundo del alquiler privado de habitaciones todo el mundo está siempre de vacaciones—. Nuestro mayor poeta vivió aquí y su libro más famoso está ambientado en Monterosso.

—¿Y cómo es posible que no lo conozca?—pregunta Carmen.

—Sí lo conoces. Montale. Premio Nobel de Literatura. Su primer poemario es el mejor: *Ossi di seppia*. Esos poemas rezuman el aire marino que se respira en estas indomables montañas.

Carmen se lleva una agradable sorpresa al comprobar que su anfitrióna comparte su interés por la literatura. Quién sabe, a lo mejor se hacen amigas. En un acto reflejo, hace ademán de sacar el móvil para buscar lo que significa *Ossi di seppia* y, al recordar que ya no lo tiene, le cuenta a Tiziana su aventura

en la estación genovesa de Brignole. Con ayuda del teléfono de ésta, traducen el título: *Huesos de sepia*. A Carmen le resulta muy sugerente y se propone buscar una traducción del poemario en cuanto vuelva a Holanda la semana siguiente. Porque, en teoría, también le gusta la poesía.

El café empieza a borbotear. Tiziana cierra el gas y, con ayuda de un trapo, porque el mango de la cafetera está roto, sirve el café en dos tacitas tamaño casa de muñecas. Tiziana es más joven que ella. Carmen le echa unos cuarenta y cinco años y tiene un aspecto envidiable precisamente porque no parece preocuparle en absoluto su aspecto. De la misma forma que una puede ser feliz con la estrategia de ignorar sus penas, Tiziana hace olvidar sus arrugas con su actitud risueña. Se mueve tan rápido y gesticula con tanta vehemencia, que su vestido negro con estampado de grandes flores rojas y su pelo—oscuro y suelto—no encuentran reposo. Si pudiera ser como esta mujer, piensa Carmen, todos mis problemas se esfumarían por sí solos. Tiziana le explica que la tarta se llama *crostata*, y Carmen ya está deseando aprender muchas más cosas de ella.

—Ya había estado una vez en Monterosso—dice Carmen cuando su anfitriona le pregunta si es su primer viaje a Liguria—. Pero hace mucho tiempo, cuando tenía dieciséis años.

A continuación, le cuenta la historia de su primer beso—el beso subacuático—y se recrea en explicarle cómo refulgía Antonio al sol una vez que ella se estaba comiendo un melocotón a mordiscos y él no paraba de reírse porque el jugo le caía a grandes goterones por la barbilla. Por lo visto lo cuenta muy bien, porque Tiziana hace todo tipo de viajes con cada palabra que dice.

—Entonces, se puede decir que estas vacaciones son una especie de peregrinación para ti. Me siento honrada de que hayas elegido mi humilde pensión para algo tan importante.

Carmen se ríe.

—No le demos más dramatismo del necesario—contesta—. El caso es que necesitaba una semana de vacaciones.

—Si quieres quedarte más tiempo, no hay ningún problema. No tengo más reservas.

—Sí, me ha llamado la atención que el pueblo está casi vacío—dice Carmen—. ¿Por qué hay tan poca gente? Yo creía que Monterosso era un destino muy turístico.

Tiziana hace caso omiso a su pregunta y vuelve al tema anterior, que por lo visto le parece más interesante.

—¿Y dices que se llamaba Antonio? ¿Te acuerdas de su apellido? A lo mejor sigue viviendo aquí. Tal vez podamos localizarlo.

—Nunca supe cómo se apellidaba—responde Carmen—. Y no te preocupes, de verdad. Puede que sea un poco vieja, pero todavía no padezco un caso de nostalgia tan grave como para dejarme llevar por la fantasía de que tal vez pudiera reavivar un amor juvenil.

—No te creo—dice Tiziana.

—Lo hago por mí. Cuando mis padres decidieron que las vacaciones habían terminado y me vi obligada a despedirme de Antonio, le prometí solemnemente que volvería. Luego, por supuesto, no cumplí mi promesa, porque la vida siempre tiene otros planes. Y sí, ya sé que él también lo sabía. Lo más probable es que dos semanas después de mis vacaciones se olvidara de mí y, desde luego, no creo que se sentara a esperarme suspirando poéticamente hasta la vejez como en una película, pero...

—*El amor en los tiempos del cólera.*

—Otro libro excepcional. Me lo leí dos veces seguidas. La escena final en aquel barco en cuarentena es tal vez lo más romántico que haya imaginado alguien. Es casi una lástima que hoy en día no haya pandemias...

—Te estás dispersando—dice Tiziana.

—Perdón. Me he dejado llevar por el recuerdo de una vida que no he vivido nunca.

—Qué forma más bonita de decirlo.

—El caso es que siempre he creído, y sigo creyendo, que, a pesar de todo, debería cumplir mi promesa—Carmen se siente muy afortunada de haber ido a dar con alguien con quien puede hablar de esas cosas—. Pero no he venido aquí a buscar a Antonio, fíjate lo que te digo. Ni siquiera tengo intención de intentarlo. No se trata de eso. De hecho, lo más probable es que ya no viva aquí. Y aunque viviera aquí, soy muy consciente de que lo último que estará esperando será... ¿cómo era?... que venga una mujer de exactamente su misma edad con tres operaciones de hernia a decirle que, si bien ha considerado la posibilidad de hacerse una liposucción, después de tres partos complicados se siente un poco vieja para eso, y que ella tampoco se ha olvidado de él.

—¿Y por qué habrías de hacerte una liposucción?—pregunta Tiziana inclinándose maternalmente hacia Carmen por encima de la mesa, apoyando

ambas manos en los antebrazos con cara de preocupación.

—Es una cita de un libro. Tampoco he tenido tres embarazos. Olvídalos. No es importante. La cuestión es que la historia había quedado abierta y quiero cerrar el círculo. Por eso estoy aquí.

—Entonces, ¿me estás diciendo que quieres cumplir la promesa que le hiciste, pero te da igual que él no se entere?

—Exacto.

—Pues en eso no estoy de acuerdo, Carmen.

—¿Qué quieres decir?

—Tu historia es muy romántica y se merece un final mejor. —Tiziana se cruza de brazos y, exhalando un suspiro, alza la mirada hacia el techo, como si pudiera ver a los ángeles cantando en el cielo a través de las planchas de conglomerado—. Yo creo que al menos tenemos que intentarlo.

—¿Intentar el qué?

—Encontrar a Antonio. Yo te ayudo. Estoy muy agradecida de que hayas venido a mi pensión. No sólo me has regalado una historia, sino también el privilegio de ayudar a que la cosa tenga un final feliz.

Carmen se echa a reír.

—Me conmueve que te tomes tan a pecho mis pequeñas tribulaciones particulares, pero, de verdad, no te moleste. No soy un personaje de una novela y, además, estoy casada. La semana que viene volveré satisfecha y agradecida junto a mi marido y retomaré con gusto mis rutinas y costumbres, con la diferencia de que podré decir que he cumplido una vieja promesa.

—¿La semana que viene?

—Sí, claro—contesta Carmen—. ¿O es que se te ha olvidado que sólo me quedo una semana?

—Ah, sí...—murmura Tiziana distraída.

En su vida anterior como esposa de un miembro del cuerpo diplomático, instalarse en una nueva ciudad implicaba siempre una agotadora búsqueda de asideros. De cara a la galería mostraba interés por la riqueza cultural del nuevo destino de su marido, por poco verosímil que resultara semejante empeño en lugares como Cotonú, Wellington y Lima, pero lo cierto es que su única intención era encontrar la forma de dar continuidad a la consabida rutina de pistas de tenis y vino de jerez, objetivo que tarde o temprano acababa alcanzando, lo cual, a continuación, la sumía en un estado de desolación tan conocido que, de alguna forma, hasta resultaba tranquilizador. Su vida nómada había sido, paradójicamente, una vida sedentaria en el interior de una burbuja que el viento había llevado de un lugar a otro, una vida en la que, en cualquier lugar del planeta donde se encontrara, un breve paseo con las manos en los bolsillos por el exterior del complejo residencial vigilado donde se encontraba la vivienda oficial bastaba para concluir que el país en cuestión no ocultaba secretos que mereciera la pena desvelar, que todo, en esencia, era igual en todas partes, y que ningún lugar del mundo ofrecía estímulos nuevos suficientes como para erradicar el aburrimiento.

Podría decirse que, de tanto viajar, ha olvidado el placer de viajar. Pero hace lo que puede. De momento se ha puesto su vestido más alegre y unas sandalias con tacón que le hacen sentirse de vacaciones con sólo mirarlas, sentimiento al que también contribuye Monterosso, donde las calles, cuyo pavimento se diría que está pulido de tanta gente que lo ha pisado, no se prestan para mucho más que para deambular sin rumbo en estado de deliciosa molicie. Carmen va de un bar a otro, se invita a sí misma a un copioso almuerzo y constata con alivio que el pueblo, más allá del propio pueblo y los famosos senderos de montaña, no cuenta con puntos de interés cultural o arquitectónico que obliguen al visitante a prestar respetuosa atención. De pronto recuerda que aún no ha llamado a Rob para decirle que ha llegado bien. Esta noche, sin falta, le tiene que preguntar a Tiziana si puede usar su teléfono.

Puesto que es costumbre que la gente civilizada visite iglesias cuando se encuentra en el extranjero, y puesto que no le cuesta ningún esfuerzo, decide entrar en la iglesia de la plaza central, por donde pasó cuando iba buscando Titi's B&B. La plaza se llama Don Giovanni, pero seguido del apellido Minzoni, por lo que Carmen sospecha que el nombre le evoca asociaciones erróneas. La iglesia está consagrada a Juan Bautista y no carece de mérito estético. Tanto la fachada principal como las columnas y los arcos del interior están pintados con rayas blancas y negras. El elemento más interesante es tal vez el rosetón sobre la puerta de entrada, una virguería de mármol blanco que recuerda a una labor de encaje. Aunque ha entrado sin la menor intención de dejarse impresionar, en el panel informativo lee que ha ido a parar a una iglesia del siglo XIII, por lo que concluye que su visita, así a lo tonto, tiene más interés cultural del que había sospechado.

Animada por el éxito, decide echarle un vistazo también a otra especie de iglesia que hay en la misma plaza, con la fachada igualmente a rayas. Encima de la puerta, en un elemento decorativo en forma de luneta, hay una calavera con dos fémures cruzados y una inscripción que dice MORTIS ET ORATIONIS CONFRATERNITAS. Aunque se da por advertida, Carmen entra en el templo de estilo barroco de la hermandad de la muerte. A pesar de la poca luz natural que entra en el oratorio, enseguida constata que está sola. Calaveras con risas burlonas la miran desde los capiteles, esqueletos desgarbados bailan en los arquitrabes, cadáveres con las cuencas de los ojos huecas miran al vacío en los revestimientos de madera del coro. Hasta la cruz del altar es negra. Y cuanto más se habitúan sus ojos a la penumbra, más carcasas, osamentas e imágenes macabras distingue en los rincones, nichos y hornacinas de la iglesia. Las calaveras se ríen de ella porque notan que está empezando a agobiarse. Un esqueleto con un báculo pastoral en una mano y una mitra en la otra la mira desde su atalaya con la cabeza inclinada y le muestra los pocos dientes que le quedan con la boca abierta, como si estuviera a punto de pronunciar una sentencia definitiva.

De la misma forma que nos agarramos instintivamente a la barandilla cuando, mareados por la repentina sensación de vértigo, nos asomamos a un precipicio, Carmen busca asidero en el panel informativo provisto para satisfacer la curiosidad histórica y cultural de los turistas. La Hermandad Negra era una orden eclesiástica consagrada a la muerte. Los hermanos vestían un hábito negro con cíngulo negro y capuchón negro, se tapaban la cara con una

mascarilla negra y se encargaban de administrar el último sacramento y enterrar a los infelices cuyas familias carecían de medios para ello. Sus días de mayor gloria coincidían con catástrofes como epidemias, cuando había tantos cadáveres que las autoridades perdían la cuenta.

El pasado tampoco era siempre una fiesta, se dice Carmen obligándose a pensar algo relativizador antes de ir a buscar solaz junto al pez iracundo, en la terraza de la Enoteca Internazionale, a la sombra del arce y el níspero. No tienen jerez, de modo que se deja recomendar un vino blanco local. Durante la segunda copa ya no es capaz de seguir reprimiendo la pregunta ineludible.

—¿Qué estoy haciendo aquí?—le pregunta en voz alta, en su lengua materna, al dichoso pez. Para él es muy fácil, claro. Él no tiene que adoptar una actitud ante la vida. Le basta su contorsión solidificada en mármol. Pero Carmen entiende su iracundia. El tiempo transcurre como si nada, lo cual, para quien es de piedra, resulta más evidente si cabe. Hay un poema de Vasalis que habla de ello. Carmen se lo aprendió de memoria una vez, porque—sí, de verdad—le gusta la poesía. Pero ya no se acuerda. ¿Ves?, eso es precisamente lo que ella quiere decir. De la misma forma que el agua del mar borra las pisadas en la playa, tarde o temprano desaparecen todas las cosas, incluido el propio recuerdo de las cosas. Ni siquiera recuerda en qué idioma hablaba con Antonio. ¿Se comunicaban en un rudimentario inglés escolar? ¿No sería todo un malentendido debido a la confusión de las lenguas? ¿Cómo puede fiarse de su recuerdo de aquel idilio, si ni siquiera reconoce los idílicos decorados del mismo?

El camarero le trae un *sauvignon* de no sé qué bodega y ella, por mero formalismo, lo prueba. Sí, también es vino. Carmen lo hace todo por formalismo. Hasta esta ridícula excursión en la que se ha empeñado en embarcarse es puro formalismo. Se ha dejado llevar por un formalismo literario según el cual tiene que cumplir una promesa para cerrar el círculo de una historia que quedó incompleta, pero se trata de un gesto vano que no mueve de su sitio ni una piedra de la playa y, encima, ni siquiera proporciona una buena historia. Ahora que ha decidido oficialmente que ya ha alcanzado la edad en que a las cosas se las llama por su nombre, su compromiso con la sinceridad la obliga a concluir que ni siquiera su vida entera proporciona una buena historia. Ése es, de forma muy resumida, su problema, y hablar de ello con una escultura de un pez iracundo en un pueblo del Mediterráneo no va a solucionar nada.

Lo que debería hacer es flirtear un poco con el camarero, que es un joven muy atractivo. Eso sí podría ser el comienzo de una auténtica historia. Pero ni siquiera le hace falta mirar al servicial Don Giovanni en cuestión para saber que, a sus ojos, ella no es más que una mujer próxima a su fecha de caducidad, y tampoco necesita el espejo de su mirada para comprender que tiene razón, porque eso es lo que es. Ya bastante le han recordado su situación los grotescos esqueletos del oratorio de la hermandad de la muerte. Lo único que le ha traído el tiempo es una serie interminable de cumpleaños cada vez menos festivos, estrías y, ahora, por lo visto, problemas de memoria, en vista de lo cual, no encuentra ningún motivo para no tomarse otra copa. Todas las soluciones son líquidas. En eso estará de acuerdo el pez de las narices. Aunque, qué sabrá él de problemas, si su arrogancia marmórea no es susceptible de criar arrugas ni sufrir los efectos de la fuerza de la gravedad. Ahora que lo piensa, no tiene el más mínimo respeto por su actitud colérica, y puesto que ha decidido oficialmente que ya ha alcanzado la edad de llamar a las cosas por su nombre, tiene que decir—porque si no revienta—que el pez es un pamplinero y un presuntuoso. Por lo demás, en lo que a ella concierne, su compromiso con la sinceridad la obliga a admitir que ya no cabe esperar que lo mejor de su vida esté aún por llegar.

Y así, dadas las circunstancias, Carmen decide seguir pidiéndole al camarero que le recomiende vinos locales hasta la hora del cierre.

A partir del tercer día, sin embargo, Carmen empieza a encontrar su ritmo. No hacer nada es más fácil de lo que ella creía. El secreto es no pensar demasiado. Las horas pasan plácidamente callejeando sin rumbo y, aunque el joven y atractivo camarero de la Enoteca Internazionale ya la conoce por su nombre, sus noches no han vuelto a tener un final tan dramático como el del primer día.

Hoy ha decidido ir a la playa, pero ni siquiera ha considerado como opción las tristes y estrechas franjas de piedras que vio junto a la estación el día que llegó, que en esta época del año están poco menos que desiertas. Al otro lado del cabo en el que se alza el castillo ha descubierto la auténtica playa de Monterosso. Junto a un pequeño embarcadero hay una buena zona, pero ella prefiere seguir hacia la izquierda—lo que Tiziana llama «levante»—, hasta el punto donde la via Corone empieza a subir hacia el hotel-restaurante Porto Roca y el famoso sendero a Vernazza, Corniglia, Manarola y Riomaggiore, las cuatro localidades que, junto a Monterosso, forman el conjunto natural conocido como Cinque Terre. Pasada la roca junto al restaurante Il Castello, que divide la bahía en dos, baja la escalera desde via Corone y decide que ésa es su playa.

Es más, cree reconocerla, aunque el tiempo es más fresco y hay menos gente que en su recuerdo. En el mar asoma un farallón y, si se esfuerza, es capaz de autoconvencerse de que aquélla era exactamente la roca a la cual se encaramaba Antonio con su ágil cuerpo de color aceituna cubierto por una fina y brillante capa de agua salada para hacer una exhibición, en exclusiva para ella, de sus audaces saltos. Él era más bajo que ella, pero, en aquella época, la mayoría de los mocosos paliduchos de su clase en Holanda también eran más bajos que ella. Carmen cree que tenían la misma edad, o tal vez fuera Antonio un año más mayor, aunque no recuerda si se lo dijo él o lo supuso ella. Juntos de la mano paseaban por la playa, esta playa que aquel verano era un bosque de sombrillas y ahora está prácticamente desierta. Bebían té helado en vasitos de plástico blanco con estrías y una tapa amarilla en la que había que clavar una

pajita con la punta afilada. Antonio le dejaba beber de su vaso y ella le dejaba beber a él del suyo. Se pasaban el día entero nadando. Buscaban aventuras, descubrían tesoros ocultos bajo el agua y, un día, los labios de Antonio rozaron suavemente los suyos.

Le apetece nadar. Por supuesto que le apetece nadar, pero es marzo, sopla un viento fresco y persistente y el mar está revuelto, de modo que permanece sentada en la playa desierta, observando el espectáculo de fuegos artificiales de espuma que producen las olas al romper entre bramidos contra las rocas. Carmen inhala su pasado y trata de recordar qué clase de niña era cuando, en otra vida anterior, estuvo en esta misma playa, qué pensaba y qué esperaba de un futuro en aquel momento tan diáfano y remoto que resultaba inconcebible. Es como si el mar estallara a cámara lenta, como si las partículas de espuma ralentizaran su vuelo para impresionar a la espectadora y presumir de lo alto y lo bien que son capaces de volar, igual que hacía Antonio cuando exhibía para ella su salto del ángel más arriesgado. Que ella recuerde, cuando tenía dieciséis años no es que le preocupara especialmente el futuro. Para la chica más guapa de la clase, el futuro era algo que se daba por descontado. Ella intentaba alargar al máximo el momento en que vivía emprendiendo la mayor cantidad posible de actividades sin pensar más de lo estrictamente necesario. Pasó por su juventud levitando lo más alto que podía. Los bikinis le sentaban bien y aún sabía disfrutar de la vida.

Mientras tanto, está empezando a aceptar el hecho de haber obedecido al ridículo impulso de volver a esta playa justificando su arrebato con una coartada más bien teatrera. Es más, ya casi ha alcanzado el punto en que se siente en condiciones de empezar a experimentar cierto orgullo por haber cumplido su promesa sin considerar necesario que haya testigos, sin nadie que alabe en voz alta o apruebe en silencio la fiabilidad de su palabra y la pureza de su carácter. Sí, ya sabe que estar allí no sirve para nada. Es completamente inútil. Pero ¿no es también cierto que todo lo que tiene auténtico valor en esta vida carece de utilidad? El sentido profundo de las cosas se encuentra allí donde la utilidad práctica y el beneficio personal agachan la cabeza. Su gesto es elegante precisamente porque no espera nada de él. Sería presuntuoso hablar de sacrificio porque, a fin de cuentas, lo que está haciendo allí es pasar una semana de vacaciones, pero su pequeña e inútil peregrinación al decorado de un grato recuerdo le hace sentirse más conforme consigo misma y tiene para ella más sentido que todos sus viajes anteriores alrededor del mundo.

Tal vez sea éste también el momento de consumar su promesa. Carmen se pone en pie, se acerca al agua embravecida y espumosa y respira hondo, como quien se dispone a dar un grito. Pero de pronto le entran dudas. Bien pensado, aquello le parece un poco melodramático. Aunque, por otro lado, ¿quién va a oírla allí? Tiene que hacerlo. Porque sí. Porque los actos simbólicos cuentan. De modo que vuelve a tomar aire y, elevando la voz por encima del bramido de las olas, grita tan fuerte como puede: «¡Soy yo, Carmen! ¡He vuelto! ¡Perdona que haya tardado tanto! ¡No he podido venir antes, pero lo prometido es deuda! Así que... ¡aquí estoy!».

Y entonces, mientras trata de desenredar la madeja de sentimientos de orgullo y vergüenza que experimenta por su inusual rapto de pasión, lo ve encaramándose a su roca. No puede ser él, y no es él. Es un niño cualquiera que, visto desde la distancia, parece bastante más pequeño de lo que era Antonio aquel remoto verano de saltos del ángel y amor subacuático. No es más que un niño subiendo a la roca de Antonio, algo contra lo cual, naturalmente, no se puede objetar nada. Carmen, con la mirada fija en él, contiene el aliento. El niño no repara en su presencia. Está demasiado ocupado escalando. Parece que está buscando algo. A juzgar por su agilidad y su aspecto, debe de ser de allí. Seguramente está buscando conchas, moluscos o algo similar.

De pronto, una ola más alta que las demás golpea la roca y el niño pierde su asidero. Carmen ve cómo cae al mar arrastrado por la fuerza del agua y no se lo piensa dos veces: deja su bolso en la arena, se lanza al mar con ropa y todo y se pone a nadar tan rápido como puede en dirección al punto donde ha visto caer al niño. Una ola la empuja hacia arriba y, desde lo alto, ve al muchacho luchando por mantenerse a flote en la traicionera rompiente entre el acantilado y otras rocas más pequeñas, zarandeado por el embate enfurecido de las olas. No está lejos, pero el mar la empuja con fuerza en dirección contraria y la ropa empieza a pesarle. Pero entonces nota que hace pie. Ha alcanzado un vado y puede continuar andando, ayudándose con frenéticos movimientos de los brazos. Ya tiene al niño a su alcance, pero no es fácil avanzar sobre un fondo de rocas irregulares y resbaladizas. Carmen pierde el equilibrio, desaparece un instante bajo la superficie y la corriente la arrastra a mar abierto. Cuando trata de tomar aire, una ola vuelve a empujarla hacia abajo. Ha perdido la orientación por completo pero, antes de que pueda rehacerse, nota en el cuello un brazo que le saca la cabeza a flote. El niño la ayuda a ponerse en pie y la

sujeta con sorprendente firmeza por la cintura. Con su ayuda, consigue volver a la playa, donde, extenuada, tosiendo del esfuerzo y el agua que ha tragado, se deja caer sobre las piedras. El niño se sienta a su lado, le da unos golpecitos en la espalda y le dice algo en italiano.

—No, gracias a ti—contesta Carmen—. Eres tú quien me ha salvado a mí.

El resto de lo que intenta decir se pierde en un nuevo ataque de tos, después del cual parece encontrarse ya un poco mejor, si no fuera por el hecho de que tiene la ropa empapada y empieza a sentir frío. Carmen mira a su valiente salvador. ¿Cuántos años tendrá? ¿Once, tal vez doce? Para quien no tiene hijos, no es fácil calcularle la edad a un niño. Quiere preguntarle cómo se llama pero, mientras piensa cómo se dice eso en italiano, ve que el muchacho contrae la cara en un gesto de intenso dolor.

—¿Qué te pasa?—pregunta Carmen asustada—. ¿Te has hecho daño?

El niño contesta algo para ella ininteligible y le enseña el pie derecho, lo cual aclara inmediatamente cuál es el problema. Ha pisado un erizo de mar y se ha clavado decenas de púas que, al romperse, se han quedado incrustadas como astillas bajo su piel. Carmen sabe lo que tiene que hacer. Con gestos, le indica a su nuevo amigo que no se mueva de donde está, se levanta, y va a por su bolso, que sigue en el mismo sitio donde lo había dejado. A continuación, se sienta otra vez a su lado, abre el bolso, saca su estuche de maquillaje y le enseña unas pinzas sosteniéndolas en alto con gesto triunfal. Carmen siente brotar en su interior una oleada de su antiguo orgullo feminista por la manifiesta superioridad de su sexo. Además, agradece esta segunda oportunidad de erigirse en salvadora ante una situación de emergencia. Con mucha paciencia, tiento y precisión, empieza a sacarle las púas una a una. Y, mientras está en ello, experimenta una agradable calidez interior.